

UTOPIÍA, TOMÁS MORO

“La vida mortal de Tomás Moro escribió en nuestra lengua Fernando de Herrera, varón docto y de juicio severo; su segunda vida escribió con su sangre su muerte, coronada de virtuoso martirio; fue su ingenio admirable, su erudición rara, su constancia santa, su vida exemplar, su muerte gloriosa, docto en lengua latina y griega. Celebraronle en su tiempo Erasmo de Roterodamo y Guillelmo Budeo, como se lee en dos cartas suyas, impresas en el texto de esta Obra: llamóla *Utopía*, voz griega, cuyo significado es, *no hay tal lugar...*”



UTOPIÍA, TOMÁS MORO

"Vivió en tiempo y Reyno, que le fué forzoso para reprehender el gobierno que padecía, fingir el conveniente. Yo me persuado, que fabricó aquella política contra la tiranía de Ynglaterra, y por eso hizo isla su idea, y juntamente reprehendió los desórdenes de los más de los Príncipes de su edad, fuerame fácil verificar esta opinión; empero no es difícil, que quien leyere este libro la verifique con esta advertencia mía: quien dice que se ha de hacer lo que nadie hace, a todos los reprehende: esto hizo por satisfacer su zelo nuestro Autor. Hurtos de cláusulas de la Utopía los mas Repúblicos Raguabos del Bocalino: precioso caudal es, el que obligó, á que fuese ladrón á tan grande Autor..."

UTOPIÍA, TOMÁS MORO

“No han faltado lectores de buen seso, que han leído con ceño algunas proposiciones de este libro, juzgando, que su libertad, no pisaba segura los umbrales de la religión, siendo así que ningunas son mas vasallas de la Yglesia Católica, que aquellas, entendida su mente, que piadosa se encaminó á la contradicción de las novedades, que en su patria nacieron robustas, para tan llorosos fines. Escribió aquella alma esclarecida, con espíritu de tan larga vista, que como yo mostré en mi carta el Rey Cristianísimo, antevió los sucesos presentes asistiendo con saludable consejo á las cabezas de los tumultos...”

UTOPIA, TOMÁS MORO

“El libro es corto, mas para atenderle como merece, ninguna vida será larga; escribió poco, y dixo mucho: si los que gobiernan le obedecen, y los que obedecen se gobiernan por él, ni a aquellos será carga ni a estos cuidado. Por esto viendo yo á Don Gerónimo Antonio de Medinilla y Potres, que le llevaba por compañía en los caminos, y le tenía por tarea en las pocas horas que le dexaba descansar la obligación de su Gobierno de Montiel, le importuné á que hiciese esta traducción: asegurándome el acierto de ella lo cuidadoso de su estilo, y sin afectación; y las noticias políticas, que con larga lección ha adquirido, executandolas en quanto del servicio de su Magestad se le ha ordenado; y con gran providencia, y desinterés, en el gobierno que tuvo de estos Partidos...”

UTOPIÍA, TOMÁS MORO

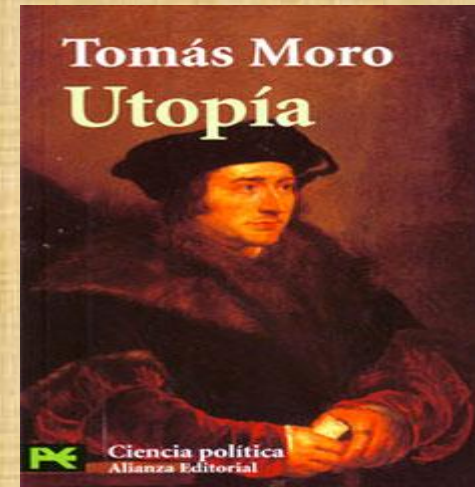
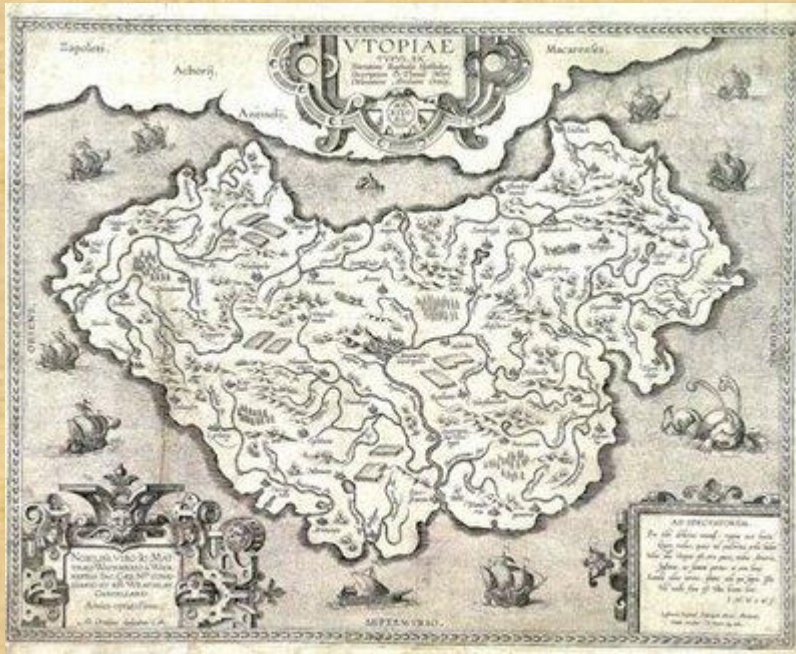
"Quien fuere tan liberal, que en parte quiera pagar algo de lo que se debe á la buena memoria de Tomás Moro, lea en la Celta Dileflere de Bartolomé Zucchi de Monja la carta que escribió el Cardenal de Capua á Monseñor Marino, Cardenal y Gobernactor de Milán y verá quantos méritos tuvo su muerte para canonizar las alabanzas de su vida, y de su doctrina. En la Torre de Juan Abad 28 de Septiembre de 1637".



Don Francisco de Quevedo Villegas

UTOPIÍA, TOMÁS MORO

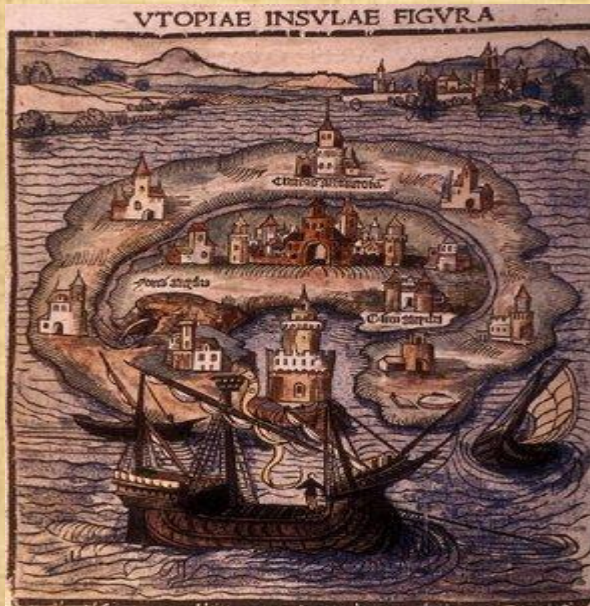
Tomás Moro se presenta, junto a Erasmo y Lutero, como el prototipo del humanista del Renacimiento. Naturismo y racionalidad se conjugan con una esencia religiosa (cristiana) cuyo resultado es el humanismo reformista.



“Un mapa del mundo que no incluye Utopía no es digno de echarle una mirada”. Oscar Wilde

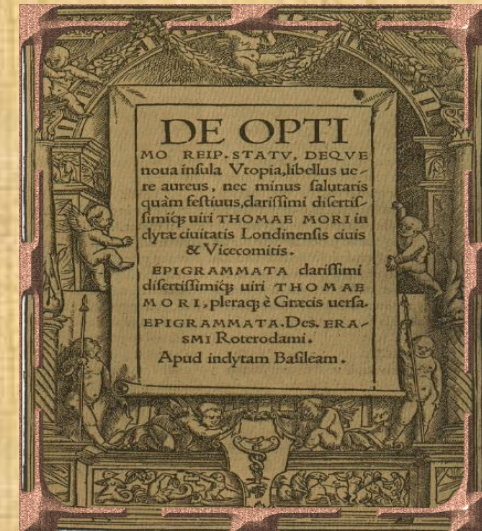
UTOPIÍA, TOMÁS MORO

La fuente principal de Utopía es la República de Platón, con la que existen muchos puntos de contacto, entre ellos la no existencia de la propiedad privada y la importancia del conocimiento y la sabiduría en la administración de los recursos. Estos elementos también pone en contacto a Utopía con los ideales socialistas de siglos posteriores.



CARACTERÍSTICAS DE UTOPIÍA

- 1.- Aislamiento geográfico y político.
- 2.- Abolición de la propiedad privada.
- 3.- División del trabajo según métodos racionales, de sentido común y general adaptabilidad.
- 4.- Conservación de la organización familiar patriarcal como célula de la sociedad.



CARACTERÍSTICAS DE UTOPIÍA

- 5.- Abolición del dinero como raíz de todo mal.
- 6.- Reducción de la jornada de trabajo a seis horas, tomándose las medidas adecuadas para asegurar el recreo, la educación y la protección contra los vicios.
- 7.- Libertad de creencias religiosas, aunque predomina el catolicismo.
- 8.- Gobierno monárquico, con elecciones indirectas de administradores por parte de los utopienses.



CARACTERÍSTICAS DE UTOPIÍA

Utopía de Tomás Moro constituye, probablemente, una de las obras renacentistas más vindicadas por el pensamiento político contemporáneo. La tradición socialista y comunista han reivindicado la figura de Moro como precursor (Kautsky, 1888); el catolicismo lo convirtió en mártir de la Iglesia en 1935; el cristianismo social lo hace suyo (Edward L. Surtz, 1949); el liberalismo lo ha erigido en defensor de la monarquía moderada y de un parlamentarismo precoz (Rafael del Águila, 2002); los objetores de conciencia lo sitúan como el primero en la historia; los pacifistas elogian su *irenismo*... En definitiva, *Todos quieren a Tomás Moro* (Patricia García Espín, 2010)...

UTOPIÍA, TOMÁS MORO

El texto se divide en dos partes bien diferenciadas.

El libro I tiene forma de diálogo y tiene como objeto la reflexión del navegante Rafael Hithlodeo respecto al mejor estado de una república.

El libro II es la descripción que dicho personaje hace del modo de vida en *Utopía*.



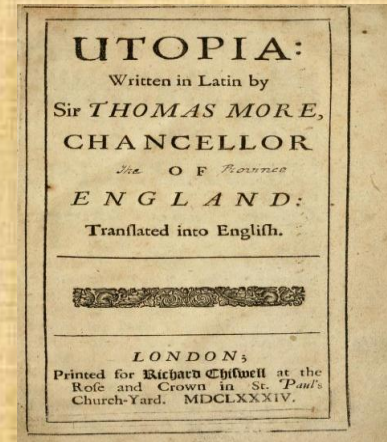
UTOPIÍA, TOMÁS MORO

“Justo en el momento cuando Rafael Hithlodeo mencionó la ubicación de Utopía aquella tarde que le relataba a Tomás Moro y Pedro Gilles su increíble experiencia en dicha república, alguien estornudó tan fuerte que no fue posible escuchar dónde se encontraba”.

Así lo explica el propio Gilles en una carta abogando por la publicación del libro que en 1518 llevaría el título de *La mejor forma de comunidad política y la nueva isla de Utopía, librito de oro, no menos saludable que festivo, compuesto por el muy ilustre e ingenioso Tomás Moro ciudadano y sheriff de la muy noble ciudad de Londres.*



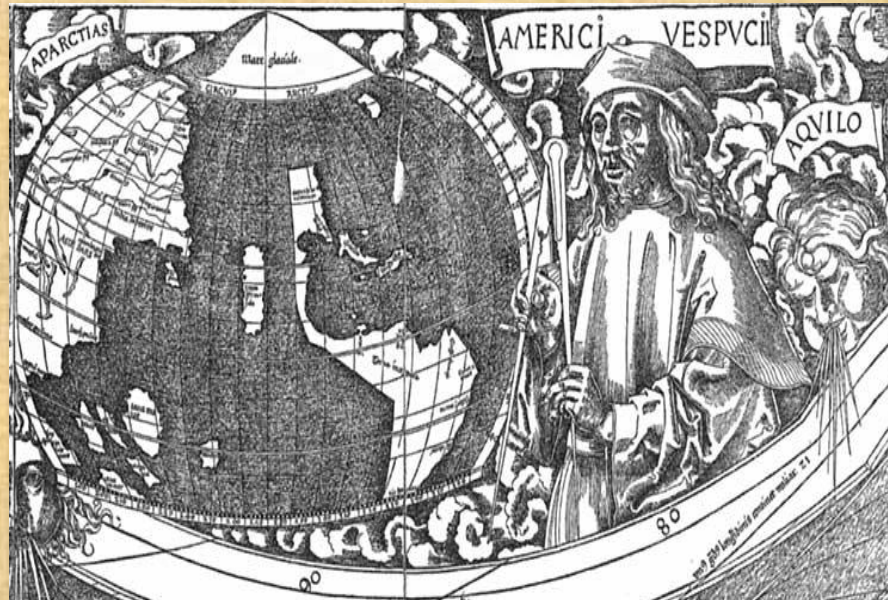
LIBRO I



Peter Gilles, amigo de Tomás Moro, le presenta en Amberes al viajero y filósofo Rafael Hithlodeo, quien acompañó a Vespuccio en sus viajes y luego tuvo otras experiencias. A la vista de su sabiduría, Moro y Gilles le aconsejan entrar al servicio de algún rey, con el consiguiente provecho para su familia, para sí mismo y para el bien común. Hithlodeo contesta que ya ha repartido sus posesiones entre sus familiares. Además, piensa que se convertiría en un esclavo y respecto de los reyes de los Estados europeos, sus consejeros y asesores dice:

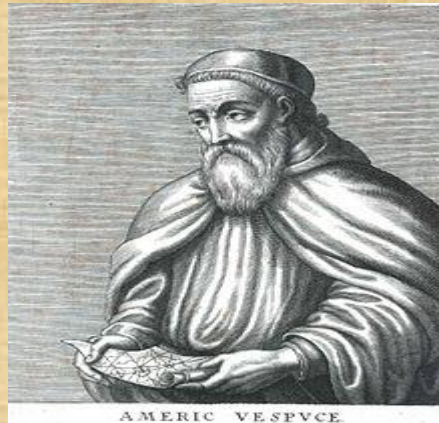
LIBRO I

“En primer lugar, la mayoría de los príncipes piensan y se ocupan más de los asuntos militares, de los que nada sé ni quiero saber, que del buen gobierno de la paz. Lo que les importa es saber cómo adquirir (con buenas o malas artes) nuevos dominios, sin preocuparse para nada de gobernar bien los que ya tienen...”



LIBRO I

“Por otra parte, cada uno de los consejeros de los reyes es de suyo tan docto de verdad que no necesita (o al menos cree no necesitar) los consejos de otra persona. Parásitos como son, los consejeros aceptan a los que les dan la razón o les halagan para granjearse la voluntad de los favoritos del príncipe. Así lo ha dispuesto la naturaleza: cada uno se pitra por sus propios descubrimientos. Al cuervo le ríe su cría y a la mona le gusta su hija...”



LIBRO I

“En reuniones de gente envidiosa o vanidosa ¿no es, acaso, inútil explicar algo que sucedió en otros tiempos o que ahora mismo pasa en otros lugares? Al oírte, temen pasar por ignorantes y perder toda su reputación de sabios, a menos que descubran error y mentira en los hallazgos de otros. A falta de razones con que rebatir los argumentos, se refugian invariablemente, en este tópico: «Esto es lo que siempre hicieron nuestros mayores. Ya podíamos nosotros igualar su sabiduría»...”

LIBRO I

“Al decir esto, zanja toda discusión y se sienten felices. Les parece mal que alguien sea más sabio que los antepasados. Cierto que todos estamos dispuestos a aceptar todo lo bueno que nos han legado en herencia. Pero con el mismo rigor sostenemos que hay que aceptar y mantener lo que vemos debe mudarse. Con frecuencia me he encontrado en otras partes este tipo de mentes absurdas, soberbias y retrógradas. Incluso en Inglaterra me topé con ellas” (pp. 18-19).



LIBRO I

Esta reflexión, puesta en boca del joven viajero, separa a Moro de Platón, para quien los gobernantes han de ser filósofos, o los filósofos han de convertirse en gobernantes. Hithlodeo expresa su disconformidad con esta idea. Queda más clara al reproducir su discusión en Inglaterra respecto a los castigos a los ladrones...



LIBRO I

En dicha discusión, además de señalar la imposibilidad de ser oído por consejeros del rey, se reproduce un debate presente en la sociedad de la época: el aumento de la pobreza y la marginación y las medidas a tomar al respecto. El diálogo ocurre en la casa de un obispo:



LIBRO I

“La casualidad me hizo encontrar, un día en que estaba comiendo con el Cardenal, a un laico versado en nuestras leyes. Éste comenzó, no sé a qué propósito, a ponderar la dura justicia que se administraba a los ladrones. Contaba complacido cómo en diversas ocasiones había visto a más de veinte colgados de una misma cruz. No salía de su asombro al observar que siendo tan pocos los que superaban tan atroz prueba, fueran tantos los que por todas partes seguían robando” (pp. 20-21).



LIBRO I

“- No, señor -me atreví a contestarle delante del Cardenal-: No hay nada de qué maravillarse, semejante castigo infligido a los ladrones ni es justo ni es útil. Es un castigo muy desproporcionado y cruel para el robo y, sin embargo, es ineficaz como remedio ya que no aparta de él a los hombres. El simple robo no es un delito merecedor de la muerte. Ni hay castigo tan horrible que prive de robar a quien tiene que comer y vestirse y no halla otro medio de conseguir su sustento...



LIBRO I

“En este punto, tanto en Inglaterra como en otros países, son como los malos maestros de escuela que están más prestos a pegar que a enseñar a sus alumnos. Se promulgan penas terribles y horribos suplicios contra los ladrones, cuando en realidad lo que habría que hacer es arbitrar medios de vida. ¿No sería mejor que nadie se viera en la necesidad de robar para no tener que sufrir después por ello la muerte?” (pp. 20-21).



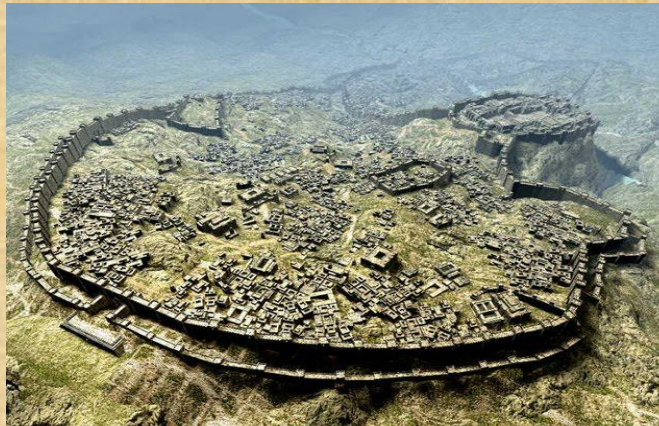
LIBRO I

Tomás Moro representa el pensamiento humanista moderno, reformista, que en vez de encerrar, castigar, someter, aislar, matar... al miserable, intenta analizar las causas de la pobreza. La justicia debería intervenir proporcionando medios suficientes de subsistencia para los veteranos y mutilados de guerra y los criados despedidos.



LIBRO I

El reino está sumido en la pobreza por tres causas: 1) las guerras y la innecesaria utilización de mercenarios; 2) la oligarquía ganadera sin escrúpulos que medra a costa de la agricultura y de la industria; y 3) los bienes de consumo superfluos corruptores. Todas estas causas desaparecerían en una sociedad pacífica, sin ambiciones imperiales, semiaislada de los extranjeros y en la que la propiedad fuese colectiva (pp. 20-36).



LIBRO I

Al igual que Juan Luis Vives e Ignacio de Loyola, Moro distingue entre los *buenos pobres* (víctimas de las guerras, que han perdido su empleo o sus riquezas), a los que hay que socorrer, y los *malos pobres* (vagos y maleantes, que no quieren trabajar), a quienes deben ser castigados.

Sobre los castigos versa la discusión, plena de ironía y de buen humor, en casa del Cardenal.

LIBRO I

Hithlodeo opina que la pena capital no es equitativa y, además incita al asesinato (para no ser delatado o denunciado), tal como demuestra la historia y la experiencia: "... pienso que no hay nadie que no sepa lo irrazonable, en verdad, lo pernicioso que es para la república que un ladrón y un homicida o un asesino sufran igual y análoga pena..."

LIBRO I

“Pues el ladrón, viendo al hombre que es condenado por robo en no menos peligro que el que es convicto de asesinato, se ve obligado a matar al que de otro modo sólo hubiera robado. Pues una vez cometido el asesinato está con menos miedo y con más esperanza de que el hecho no sea descubierto ni conocido, y en el caso de ser prendido, no está en mayor peligro que si hubiese cometido una simple fechoría” (pp. 28-29).

LIBRO I

“Estaba allí presente un parásito que se hacía pasar por gracioso y lo hacía tan bien, que en realidad se convertía en un auténtico bufón. Tan insípidas eran las palabras con que se esforzaba para provocar la risa, que uno se reía más de él que de lo que decía. Entre tanta palabrería, aparecían de vez en cuando chispazos de ingenio, Se cumplía en él el conocido refrán: «Tantas flechas le tiró que a Venus al fin le dio»...”

LIBRO I

“Es, pues, el caso que uno de los convidados dijo que con mis argumentos y exposición había solucionado el problema de los ladrones. Y que el Cardenal, por su parte, había dejado resuelto el de los vagabundos. Sólo quedaba ahora el ocuparse a fondo y de manera oficial de los ancianos y de los enfermos, sumidos en la pobreza e incapaces de vivir de su trabajo. Dejadme, decía el bufón...”

LIBRO I

“Yo soluciono eso rápido. Estoy deseando quitar de mi vista esta gente miserable. Me asedian constantemente con su música quejumbroso. Pero, inunca han logrado arrancarme un solo céntimo! Siempre me pasa lo mismo: o me piden cuando no tengo o no tengo ganas de darles cuando me piden. Por fin han llegado a comprender: Para no perder tiempo, al cruzarse conmigo, pasan en silencio, porque saben que les daré menos que si fuera un cura...”

LIBRO I

“Así pues, ordeno y mando que: «Todos estos pordioseros sean distribuidos y repartidos entre los conventos de benedictinos, y que se les haga monjes legos, según dicen ellos. A las mujeres ordeno que se hagan monjas». El Cardenal se sonrió aprobando en broma sus palabras. Los demás se lo tomaron en serio, Lo dicho sobre curas y frailes llevó a bromear sobre el asunto a cierto teólogo y fraile mendicante, hombre habitualmente serio hasta parecer torvo...”

LIBRO I

“-Ah, pero no os libraréis tan fácilmente de los pobres -dijo- ¿Qué haréis con nosotros los frailes mendicantes? -Para mí el asunto está solucionado -dijo el parásito-. El Cardenal no se olvidó de vosotros al decretar que fueran encerrados los vagabundos y se les obligara a ejercer un oficio. ¿No sois acaso vosotros los vagabundos por excelencia? Los invitados, ante estas palabras, fijaron sus ojos en el Cardenal. Al advertir que no protestaba, empezaron a hacer bromas sobre el asunto.

LIBRO I

“Sólo el fraile, picado, se indignó y exasperó de tal manera que no pudo contener las injurias de sus labios. Llamó a nuestro hombre: Intrigante, embustero, calumniador e hijo de perdición. Todo ello salpicado de terribles amenazas tomadas de la Sagrada Escritura. Entonces, nuestro bufón se sintió a sus anchas, comenzando a bufonearse en serio” (pp.32-34).

LIBRO I

Este diálogo, y su caótico final, demuestran, según Hithlodeo, la preponderancia de los prejuicios y la adulación entre los cortesanos y la consiguiente inutilidad de entrar al servicio de los reyes, quienes, además, sólo desean enriquecerse, conquistar tierras y satisfacer sus egoísmos con la ayuda de sus consejeros.

LIBRO I

“Si yo propusiera a cualquier rey decretos justos esforzándome en desterrar de su mente las perniciosas causas del vicio y del mal, ¿no pensáis que sin tardanza me despedirían o bien me convertirían en objeto de irrisión?” (p. 36).

Los intelectuales no aduladores ni prejuiciosos ni ideólogos no tienen cabida ante un poder que lo que quiere oír son adulaciones, juicios e ideas que les favorezca y agrade.

Además, el juego político obliga al filósofo a compromisos innobles. Para que su participación sea efectiva habría que transformar determinadas costumbres y vicios, como la corrupción y la búsqueda de beneficios propios, que tienen como base el reparto desigual e injusto de la propiedad.

LIBRO I

“De todos modos, mi querido Moro, voy a decirte lo que siento. Creo que donde hay propiedad privada y donde todo se mide por el dinero, difícilmente se logrará que la cosa pública se administre con justicia y se viva con prosperidad. A no ser que pienses que se administra justicia permitiendo que las mejores prebendas vayan a manos de los peores, o que juzgues como signo de prosperidad de un Estado el que unos cuantos acaparen casi todos los bienes y disfruten a placer de ellos, mientras los otros se mueren de miseria” (p. 46).

LIBRO I

La respuesta de Moro, como personaje, es que la fama, el prestigio y el poder son incentivos para el esfuerzo humano, y que no conoce ninguna república que se regule por unas leyes que no permitan el enriquecimiento (legítimo) y la corrupción (inevitable). Hithlodeo dice que sí existe tal república, disponiéndose a describir la organización social y política de la isla de Utopía, a la que recientemente ha visitado...



LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA



LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Descripción geográfica, económica y administrativa de la isla (aislamiento)

“La isla de Utopía tiene en su parte media (la más ancha) una anchura de doscientas millas. Esta anchura sigue siendo la misma en la mayor parte de la isla, hasta que, poco a poco, se va estrechando hacia ambos extremos. Toda la isla semeja una figura de luna nueva, y esta figura tiene quinientas millas de extensión superficial. Separa ambos extremos una distancia de once millas; entre ellos pasa un vasto y ancho mar, que por razón de estar circundado de tierra por todos lados se halla resguardado de los vientos, cuyas aguas, quietas como las de un lago, no levantan grandes olas; adentro es como una suerte de obra, y los habitantes de la isla sacan gran provecho de las naves que arriban a todas partes de ella” (p. 51).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Los frentes o límites de los dos extremos, en parte por los vados y bajíos y en parte por las rocas, son muy arriesgados y peligrosos. A media distancia entre ambos sale por encima del agua una gran peña que no ofrece peligro porque está a la vista. En la cima de esta roca se levanta una bella y fuerte torre que defienden con una guarnición. Otras rocas que hay por allí están escondidas bajo el agua y por esto son peligrosas. Sólo ellos conocen los pasos y por eso es raro que ningún extraño, a menos que vaya guiado por un utopiense, pueda llegar a este puerto” (p. 51).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

La ordenación administrativa del territorio responde, entre otras razones, a preservar este aislamiento físico. Además, existe una legislación muy precavida tanto para el tratamiento del foráneo que por casualidad llegue como para regular los viajes al extranjero de los propios utopienses.



LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Hay en la isla cincuenta y cuatro amplias y bellas ciudades, con una distribución del territorio y de la población muy semejantes, una misma lengua y costumbres, instituciones y leyes parecidas. La capital, *Amaurota*, está justo en el centro de *Utopía*, y en ella se encuentra el Consejo.



LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

De las ciudades y principalmente Amaurota

“Aunque es igual describir una que otra ciudad, voy a fijarme en Amaurota, por ser la principal y estar en ella el Senado; por ser la más ennoblecida y por ser la que mejor conozco, por haber residido en ella cinco años. Está situada en la falda de un monte, siendo su forma cuadrada, extendiéndose suavemente desde lo alto de un collado en una extensión de un kilómetro hasta llegar al río Anhidro, prolongándose un poco más al otro lado del mismo. Este río nace unos cien kilómetros más arriba de Amaurota, de una pequeña fuente, pero con el concurso de otros ríos que confluyen en él, especialmente de dos mediados, aumentan mucho sus aguas, de manera que al llegar a la Ciudad su lecho tiene una anchura de unos trescientos metros. Luego se va ensanchando más, hasta llegar al Océano...”



LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“En todo el trayecto que va del mar a la ciudad, y hasta un poco más arriba, con la subida y bajada de la marea, el río modifica su corriente cada seis horas. Cuando sube la marea las aguas del mar penetran río arriba y las aguas quedan salobres, pero después queda el agua limpia y normal. La ciudad se comunica con la ribera opuesta, no con barcazas o pasarelas de madera, sino con un magnífico puente con arcos de sillería, construido en la parte más apartada del mar, para que las naves puedan llegar sin dificultad a la zona central de la Ciudad...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Disponen de un riachuelo manso y apacible, que nace cerca de donde está la población, atravesándola y, juntándose luego al río Anidro. Los habitantes de la Ciudad canalizaron estas aguas desde su nacimiento hasta la población, disponiendo fortines y parapetos para que en caso de asedio, no les llegase a faltar el agua, la cual es conducida con tuberías de barro cocido a todas las fuentes, que hay con profusión...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Y si en otras Ciudades de la isla la Naturaleza no da estas facilidades, entonces reúnen las aguas de lluvia en grandes depósitos, con lo que obtienen el mismo resultado. Toda la Ciudad está amurallada con muros altos y recios, con muchas torres y parapetos. El foso es seco, pero profundo y ancho, muy intrincado, con zarzas y espinos, menos en la parte de la muralla que está juntó al río. Las plazas, están abrigadas con pórticos, tanto para el buen servicio de los almacenes como para la comodidad de los habitantes. Los edificios son semejantes y muy bien cuidados, sobre todo en las fachadas. Las calles tienen veinte metros de ancho, y todas las casas están rodeadas de jardín” (pp. 55-56).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Son tan similares las ciudades que vista una se han visto ya todas. Ninguna ciudad tiene capacidad ni tendencia para extenderse mucho más de su territorio ni crecer en población, lo que precisa de un control demográfico muy preciso. Ningún caserío consta de menos de cuarenta personas, y cada treinta granjas tienen un jefe supremo o *filarca*, al que denominan *sifogrante*, que es lo más parecido a un alcalde.



LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Además de este control racional de la población se organiza también de forma apolínea el trabajo. Cada año se relevan los equipos laborales por mitad para mantener la eficacia productiva y la participación común de todos los utopienses en las tareas de campo (factorías agrícolas y ganaderas). Conocen la incubación artificial; usan prioritariamente el buey, y no el caballo, como animal de tracción; el pan es de cereales; hacen vino y sidra; realizan intercambios de servicios y de productos entre el campo y la ciudad que no alteran la homogeneidad económica, cultural y social.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Los campesinos cultivan la tierra, crían ganado, labran la madera, y la transportan a la ciudad unas veces por tierra y otras por mar. Han inventado un sistema sumamente ingenioso para producir pollos en cantidad. No dejan que las gallinas incuben los huevos. Someten a estos a una especie de calor constante que los vitaliza y empolla. Una vez roto el cascarón. Los pollitos siguen al hombre y le reconocen como a su madre. Crían muy pocos caballos, y éstos muy fogosos, con la única finalidad de ejercitar a la juventud en la equitación. Toda la labor de labranza y transporte recae sobre los bueyes. Según los utopienses, el buey no tiene la fogosidad del caballo, pero le vence en paciencia y en fuerza. Está sujeto a menos enfermedades, no necesita tanta dedicación, y gasta menos. Finalmente, cuando se halla agotado por el trabajo, todavía se le puede destinar para carne” (p. 54).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

El urbanismo utopiense, por tanto, se define como racional, previsor e igualitario, en armonía con el hábitat rural (presencia de jardines y de huertas en todas las casas; intercambio con el campo sin desemejanzas). Es imposible la especulación del suelo y el negocio inmobiliario. La presencia de jardines y huertas no sólo hacen más bellas las casas y las calles, sino que además suponen espacios de ocio e higiene, así como para la producción autárquica de frutas y verduras. La distribución de las casas y los materiales de construcción (pedernal, argamasa, ladrillo y madera) responden a la necesidad de homogeneización de la población, así como para el reguardo del viento. La altura de las casas es de tres pisos, no más, y están pegadas en forma de hileras.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

No existe la propiedad privada ni la intimidad:

“Las casas tienen una puerta principal y una puerta falsa, con cerraduras muy sencillas, que todos pueden abrir fácilmente, de manera que cualquiera puede entrar y salir por ellas, ya que nadie posee nada en particular. Cada diez años todos cambian de domicilio por sorteo, y todos sienten emulación por dejar la casa lo más arreglada posible. Un cuidado especial ponen todos en sus jardines, en los que plantan cepas, árboles frutales, hortalizas y flores, con tanta hermosura y buena labor que jamás he visto cosa igual. Este cuidado no es solamente para su deleite, sino que además compiten entre ellos para ver quién tiene estos jardines más bonitos y mejor cuidados. Lo cierto es que no he hallado en ninguna ciudad nada que esté mejor acomodado, tanto para el provecho como para el deleite de los hombres...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIA

“Parece que *Utopo* (el fundador) puso en esto el máximo cuidado, y es fama que dispuso los modelos y el trazado desde el principio, aunque en cuanto al adorno estableció que los venideros lo arreglaran como mejor les acomodase, contando con que los gustos varían con los tiempos. Así se refiere en los Anales que tienen escritos y guardados religiosamente, en los que se contiene la historia de la isla desde que fue conquistada, abarcando un período de mil setecientos sesenta años. Por ello se comprueba que al principio las cosas fueron parecidas a lo que ahora son pajares, una especie de cabañas y chozas, construidas con toda clase de maderas sin distinción, con muros de tapia y cubiertas de pajizo y retamas...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“En la actualidad cada casa tiene tres pisos, siendo el exterior de los muros de piedra labrada de ladrillo, y lo interior revocado con argamasa; las azoteas llanas y descubiertas se protegen con cierto betún que fabrican con productos molidos, de muy poco coste, pero es tan eficaz que el fuego no lo altera y que defiende del mal tiempo mejor que si fuera con placas de plomo. Contra los vientos usan vidrieras en las ventanas porque en aquella tierra hay mucho vidrio, aunque a veces también se sirven de telas enceradas con aceite o goma, con lo que se resguardan de los vientos y reciben más luz” (pp. 56-57).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

De los magistrados

En cuanto a la administración de la justicia y del gobierno, podría definirse a Utopía como una *monarquía democrática indirecta*. Cada treinta familias eligen un magistrado o *sifogrante* o *filarca*. Cada diez *sifograntes* dependen de un *traniboro*, reelegible anualmente. Los doscientos *sifograntes* eligen a un *príncipe vitalicio* de los cuatro propuestos por el pueblo. En caso de tiranía puede ser depuesto el *rey*. Los *traniboros* y los *sifograntes* son renovados cada año. Cada tres días se reúne el *Consejo*, compuesto por el *príncipe* y los *traniboros*, y al que asiste también dos *sifograntes*, distintos en cada sesión (p. 58).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Todos los años, cada grupo de treinta familias elige su juez, llamado Sifogrante en la primitiva lengua del país, y Filarca en la moderna. Cada diez sifograntes y sus correspondientes trescientas familias, están presididos por un protofilarca, antiguamente llamado Traniboro. Finalmente, los doscientos sifograntes, después de haber jurado que elegirán a quien juzguen más apto, eligen en voto secreto y proclaman príncipe a uno de los cuatro ciudadanos nominados por el pueblo. La razón de esto es que la ciudad está dividida en cuatro distritos, cada uno de los cuales presenta su candidato al senado. El principado es vitalicio, a menos que el príncipe sea sospechoso de aspirar a la tiranía...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Por su parte los traniboros se someten todos los años a la reelección, si bien no se les cambia sin graves razones. Los demás magistrados son renovados todos los años. Cada tres días, incluso con más frecuencia, si así lo piden las circunstancias, los traniboros, presididos por el príncipe, se reúnen en consejo. Deliberan sobre los asuntos públicos y dirimen con rapidez los varios conflictos que pudieran surgir entre los particulares. Invitan siempre a las deliberaciones del senado a dos sifograntes, que son distintos cada sesión” (p. 58).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“La ley establece que las mociones o problemas de interés general sean discutidos en el senado tres días antes de ser ratificados o decretados. Por otra parte, se considera como un crimen capital, tomar decisiones sobre los intereses de interés público fuera del Senado o al margen de las asambleas locales. Tal reglamentación se dirige a impedir que tanto el Príncipe como los traniboros conspiren contra el pueblo, le opriman por la tiranía cambiándose así la forma de gobierno. Por esta misma razón, todas las decisiones importantes son llevadas a las asambleas de los Sifograntes. Estos las exponen a las familias de las que son representantes, no sin discutir las con ellas antes de devolver las conclusiones al senado...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“En ocasiones el asunto se presenta al consejo de toda la isla. Por otra parte, uno de los usos del senado es no discutir asunto alguno el día mismo que se presenta por primera vez. Prefieren posponerlo para la sesión próxima. De este modo se evita el que alguien exprese lo que primero le viene a los labios. Y sobre todo, que comience a dar razones que justifiquen su manera de pensar, sin tratar de decidir lo mejor para la comunidad y sacrificando el bien público a su reputación. Tanto más, por absurdo que pueda parecer, que le avergüenza admitir que su primera idea fue precipitada, y que debió reflexionar antes de hablar” (p. 59).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

De las ciencias, las artes y los oficios

“Hay una actividad común a todos, hombres y mujeres, de la que nadie queda exento: la agricultura. Forma parte de la educación del niño desde su infancia. Todos aprenden sus primeras nociones en la escuela. Y también en la salidas que hacen a los campos cercanos a la ciudad. Aquí son entrenados, no sólo observando los trabajos que se realizan, sino trabajando ellos mismos, lo que les proporciona un buen ejercicio físico” (p. 59).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Hay, sin embargo, una estricta división sexual del trabajo y, en cierta manera, una distribución clasista de las tareas:

“Además de la agricultura, que, como acabo de decir, es una actividad común a todos, cada uno es iniciado en un oficio o profesión como algo personal. Los oficios más comunes son el tratamiento de la lana, la manipulación del lino, la albañilería, los trabajos de herrería y carpintería. Aparte estos oficios, no hay otros que merezca la pena mencionar, ya que los practican pocos...” (p. 59).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Todos, hombres y mujeres, sin excepción, han de aprender uno de los oficios arriba señalados. Las mujeres, sin embargo, por su constitución más débil, se dedican a trabajos menos duros, ya que trabajan casi exclusivamente la lana y el lino. A los hombres, en cambio, se les confía actividades más penosas. En general, casi todos los niños son educados en la profesión de sus padres. Es algo que llevan en la misma sangre. Pero si alguien se siente atraído hacia otro oficio, es encomendado a otra familia. En tal caso, tanto su padre como el magistrado se cuidan de que sea puesto al servicio de un jefe de familia serio y honesto. Del mismo modo, si alguien especializado en un oficio, quiere aprender otro, se le permite hacerlo en idénticas condiciones. Una vez conseguidos los dos, puede ejercer el que más le agrade, a condición, sin embargo, de que la ciudad no necesite más de uno de ellos.” (p. 60).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“La principal, por no decir única, misión de los sifograntes, es velar para que nadie se entregue a la ociosidad y a la pereza. Han de procurar que todos se apliquen de una forma asidua a su trabajo. Pero sin, por ello, fatigarse sin resuello, como una bestia de carga desde que amanece hasta que anochece. Esta vida embrutecedora para el espíritu y para el cuerpo, es peor que la tortura y la esclavitud; y sin embargo esta es la condición de los trabajadores en todas partes, ¡excepto entre los utopienses!” (p. 61).

Los vestidos, confeccionados según un tipo único (duradero, sencillo y práctico), son elaborados por las familias, sólo se distinguen según sexo y estado civil.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

La distribución temporal está concebida igualmente en términos de racionalidad y bienestar, permitiendo la producción de lo socialmente necesario, el desarrollo de las aficiones y aptitudes, y, sobre todo, la negación de actividades viciosas y la vagancia.

De las tareas productivas están exentos el príncipe, los sifograntes, los traniboros y los sacerdotes.

Entre las actividades ociosas (diez horas diarias, la mayoritaria) están: la literatura, la música, la conversación y el juego. Están prohibidos los dados, y los juegos son de naturaleza educativa y moral (lucha entre números; batalla entre virtudes y vicios).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Los utopienses dividen en veinticuatro horas iguales el día, incluyendo también la noche. De ellas solamente dedican al trabajo seis horas, distribuidas así: Tres horas, antes del mediodía, y a continuación almuerzan. Terminado el almuerzo dedican dos horas al descanso o siesta. A continuación trabajan otras tres horas, para terminar con la cena. Como quiera que la primera hora se cuenta a partir de mediodía, son las ocho cuando van a la cama. Al sueño se reservan otras ocho horas. El tiempo que les queda entre el trabajo, la comida y el descanso se deja al libre arbitrio de cada uno. Se busca que cada uno, lejos de perder el tiempo en la molicie y ociosidad, se distraiga, en un hobby, al margen de sus ocupaciones habituales...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“La mayor parte consagra estas horas de tiempo libre al estudio. Antes de salir el sol se organizan todos los días cursos públicos. Sólo están obligados a asistir a ellos los que han sido elegidos personalmente para estudiar. Pero hay que reconocer que un gran número, tanto de hombres como de mujeres de todas condiciones, se agolpan en el lugar de los cursos para escuchar sus lecciones, unos a unas, otros a otras según sus preferencias. Por otra parte, si alguno prefiere dedicar este tiempo libre a los trabajos de su oficio, nadie se lo impide. Sabido es que hay un buen número de personas a las que no atrae la alta especulación y lejos de criticarles por ello, se les felicita por el servicio que prestan a la comunidad...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Después de cenar pasan una hora de recreo, durante el verano en el jardín, y en las salas de los comedores públicos durante el invierno. Allí se entregan a la música o se entretienen charlando. Los juegos de azar, como los dados, cartas, tan impropios y nefastos ni siquiera los conocen. No obstante, sí practican dos juegos que se parecen bastante al ajedrez: uno es un combate de números, en el que unos números atrapan a otros. En el segundo, virtudes y vicios entablan una cerrada batalla...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Este último juego muestra a las claras la anarquía de los vicios entre sí, y su perfecto acuerdo cuando se trata de luchar contra las virtudes. Hace ver, además, cuáles son los vicios opuestos a determinadas virtudes, qué armas despliegan los vicios cuando atacan por el flanco, qué tropas lanzan a la lucha abierta, y qué posición defensiva permite a las virtudes contener a los ejércitos del vicio, y con qué artimañas burlan sus ataques. Finalmente, hacen ver cuáles son los medios que permiten a uno y otro campo asegurar la victoria” (pp. 61-62).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Este reparto del tiempo lo considera Moro (a través de Hithlodeo) no sólo justo sino mucho mejor que el de las sociedades conocidas. Lo que sigue es una reflexión en la que clara y abiertamente se critica la división del trabajo y la consiguiente sociedad estamental:

“Pero, en este momento, quiero salir al encuentro de un posible engaño. Quizás se diga: ¿Son suficientes seis horas de trabajo para proporcionar a la población los alimentos de primera necesidad? Ese tiempo no sólo es suficiente sino que sobra para producir no sólo los bienes necesarios, sino también los superfluos. Lo comprenderás enseguida conmigo, si observas atentamente el gran número de gente ociosa que hay en otras naciones..”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“En primer lugar, casi todas las mujeres (que es la mitad de la población) y la mayor parte de los hombres, cuando las mujeres trabajan, roncan a sus anchas durante todo el día. Has de añadir esa turba ociosa de curas y de los llamados «religiosos». Poned además todos los ricos, sobre todo los terratenientes a los que vulgarmente llaman «señores» y «nobles». Incluid en este número a la servidumbre, esa chusma de bergantes con librea. Y finalmente, ese ejército de mendigos, robustos y sanos, que esconden su pereza tras una enfermedad fingida. Te darás cuenta entonces que hay muchas menos personas de las que piensas, que con su trabajo producen todos los bienes que consumen los mortales...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Ten en cuenta también el pequeño número de los que se dedican a oficios necesarios. Y es natural que así sea: en un mundo en que todo lo medimos por el dinero, se ejercen muchas actividades completamente vanas y superfluas, al servicio exclusivo del lujo y del despilfarro. Pero supongamos que la masa de trabajadores actuales se repartiera entre los pocos oficios que producen los igualmente poco numerosos bienes necesarios para una vida sana y cómoda. ¿Qué pasaría, entonces? Pues que habría tal abundancia de bienes que los precios bajarían hasta tal punto que los mismos obreros no podrían sustentar su vida...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Supongamos ahora que todos esos que se dedican a las artes improductivas y que esa turba de vagos que languidece en la ociosidad y en la pereza -y que dicho sea de paso, uno de ellos consume más del fruto del trabajo de otros que dos obreros que trabajan- se ponen a trabajar en actividades útiles. ¿Qué sucedería? Comprenderíamos fácilmente que para producir lo que exigen la necesidad, la comodidad e incluso el placer (un placer verdadero y natural, se entiende) habría tiempo suficiente, e incluso sobraría...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIA

“Pues esto es lo que los hechos demuestran en *Utopía*. Allí, en toda la ciudad y sus alrededores difícilmente podremos encontrar quinientas personas en edad y en condiciones de trabajar (hombres y mujeres) exentas del trabajo. Entre ellas se cuentan los *sifograntes*. Y sin embargo, estos magistrados, aunque exentos oficialmente de trabajos manuales, siguen trabajando como los demás ciudadanos, a fin de estimular con su ejemplo a los demás. De este mismo privilegio de exención gozan los destinados al estudio de las ciencias y de las letras...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“El pueblo, asesorado por la recomendación de los sacerdotes y por los votos secretos de los sifograntes les otorga vacación perpetua. Si alguno de los elegidos defrauda las esperanzas del pueblo, es devuelto a la clase trabajadora. Pero, sucede con frecuencia, que si un obrero en sus horas libres llega a adquirir por su constancia y diligencia un dominio notable de las letras, se le libera del trabajo mecánico y se le admite en la clase intelectual...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“De esta clase intelectual se eligen los *embajadores*, los *sacerdotes*, los *traniboros*. Y finalmente, al *príncipe* mismo, a quien en su lengua primitiva llaman *Barzanes*, y hoy día ‘*Ademos*’. El resto de la población, siempre activa y dedicada a actividades útiles produce en pocas horas de trabajo los bienes que necesita y de los que ya he hablado” (pp. 64-65).



LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“En conclusión: Todos en *Utopía* trabajan en actividades útiles, que requieren poco trabajo. No debe extrañar, pues, que ante la abundancia de todas las cosas necesarias, se envía de tiempo en tiempo a gran número de trabajadores a reparar las vías públicas que pudieran estar deterioradas. Con frecuencia, incluso, si la necesidad de estos trabajos de reparación no se hace sentir, se anuncia oficialmente la disminución de las horas de trabajo. No se debe pensar que los magistrados impongan a los ciudadanos contra su voluntad horas extras de trabajo. Las instituciones de esta república no buscan más que un fin esencial: rescatar el mayor tiempo posible en la medida que las necesidades públicas y la liberación del propio cuerpo lo permiten, a fin de que todos los ciudadanos tengan garantizados su libertad anterior y el cultivo de su espíritu. En esto consiste, en efecto, según ellos, la verdadera felicidad” (p. 66).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Vida y relaciones mutuas

Utopía se compone de familias con un número limitado de miembros. Los que sobran se envían a otras familias, a otras ciudades o incluso fuera de la isla, pudiendo regresar sólo cuando hay despoblamiento (la peste, por ejemplo).

“Cada ciudad consta de seis mil familias, sin contar las del distrito rural. Pero, para mantener el equilibrio de la misma e impedir que baje la población o suba desmesuradamente, se cuida de que ninguna familia tenga menos de diez y más de dieciséis adultos. Por el contrario no es fácil determinar previamente el número de los impúberes. Este equilibrio se mantiene, traspasando a las familias menos numerosas el excedente de las demasiado prolíficas. Si, a pesar de todo, el conjunto de habitaciones de una ciudad sobrepasa el número previsto, el excedente se destina a otras ciudades menos pobladas” (p. 68).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Vida y relaciones mutuas

A ese control demográfico cabe añadir una exhaustiva vigilancia de la vida afectiva y sexual, dominando las relaciones de naturaleza patriarcal:

“La ciudad está compuesta de familias, y éstas, en general, están unidas por los lazos del parentesco. Cuando la mujer ha alcanzado la edad núbil, es entregada al marido, y va a vivir a su casa. Los hijos y nietos varones permanecen en la familia, sometidos todos al más anciano de sus progenitores. En caso de senilidad con merma de las facultades mentales, le sucede el que le sigue en edad” (p. 68)... “El más anciano, como dije, presídela familia. Las mujeres sirven a los maridos, los hijos a los padres, y, en general, los menores a los mayores” (p. 69).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

El mercado, y no la iglesia o el ayuntamiento, constituye el centro de la ciudad.

“La ciudad está dividida en cuatro distritos iguales. En el centro de cada distrito hay mercado público donde se encuentra de todo. A él afluyen los diferentes productos del trabajo de cada familia. Estos productos se dejan primero en depósitos, y son clasificados después en almacenes especiales según los géneros. Cada padre de familia va a buscar al mercado cuanto necesita para él y los suyos” (pp. 69-70).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Sanidad: Los hospitales son amplios y están bien surtidos de medicinas y de personal de calidad. También existe la atención a domicilio.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“La primera preocupación y cuidados son para los enfermos que son atendidos en los hospitales públicos. Hay, en efecto, en los alrededores de la ciudad, un poco apartados de las murallas, cuatro hospitales, tan amplios que se dirían otras tantas pequeñas ciudades. En ellos, por grande que sea el número de enfermos, nunca hay aglomeraciones, ni incomodidad en el alojamiento. Y por otra parte, sus grandes dimensiones permiten separar a los enfermos contagiosos, cuya enfermedad se propaga generalmente por contacto de hombre a hombre. Estos hospitales están perfectamente concebidos, y abundantemente dotados de todo el instrumental y medicamentos para el restablecimiento de la salud. Los enfermos son atendidos con los más exquisitos y asiduos cuidados merced a la presencia constante de los mejores médicos” (p.69).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Alimentación: Los frutos del trabajo se entregan en la plaza del mercado, sin necesidad de dinero, ni de préstamos o garantías. Los mataderos de animales se encuentran apartados de la ciudad, con el fin de evitar la visión de la muerte y para impedir infecciones.

“Los trabajos de cocina más sucios y molestos se encomiendan a los criados. En cambio, a cargo de las mujeres esta la cocción y aderezo de las comidas, y, en una palabra, toda la preparación de la mesa. Este trabajo lo hacen las mujeres por turno, según las familias. Se preparan tres o más mesas, según los comensales. Los hombres se sientan del lado de la pared, y las mujeres en frente” (p. 70).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Comedores públicos:

“A la hora establecida, toda la *sifograntía* se reúne al sonido de la trompeta para comer y cenar. Se exceptúan los que guardan cama, sea en los hospitales, sea en casa. A nadie, sin embargo, se le prohíbe llevar comida del mercado a casa, a pesar de tenerla preparada en los comedores. Saben que nadie hará esto por capricho. Pues si bien cada uno es libre de comer en su casa, nadie se recreará en hacerlo. Porque es de tontos molestarse en preparar una mala comida, cuando tienen una mejor en el comedor cercano” (p. 70).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

En ese comedor público no sólo se almuerza y se cena, sino que supone un encuentro comunitario para la conversación, la diversión, la formación moral, etcétera. El momento de la comida, sobre todo la cena, es muy importante, de ahí su exhaustiva planificación, selecta y amenizada por la conversación, la música, las golosinas, las delicadezas y la ambientación.

“En el centro de la mesa principal, se sienta el Sifogrante con su mujer. Es el lugar de más honor ya que desde esta mesa, colocada transversalmente al fondo del comedor, se contempla toda la asamblea. Junto al Sifogrante y su esposa toman asiento dos personas de las de mayor edad. En cada mesa, en efecto, se sientan de cuatro en cuatro...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“A ambos lados del comedor se sientan los jóvenes, alternando con los de más edad. Esta colocación acerca a los iguales, y mezcla a las diferentes edades. Nada, en efecto, de cuanto se hace o se dice en la mesa escapa a los vecinos de derecha o izquierda. Y a esto precisamente, según ellos, obedece esta norma, a saber: que la gravedad de los ancianos y el respeto que inspiran refrenan las palabras o la petulancia que una libertad excesiva podría inspirar a los jóvenes” (p. 70).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Se comienza a servir los platos por la cabecera de la mesa, pasando después hasta los últimos comensales. Primero se sirven las mejores porciones a los ancianos (cuyos puestos están señalados) y después a los demás comensales por igual. Por su parte, los ancianos comparten de buen grado con sus vecinos de mesa las porciones, que aunque quisieran no llegarían para todos los de la casa. Se rinde así a la vejez un honor que le es debido, honor que redundaba en beneficio de todos” (p. 71).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Tanto la comida como la cena comienzan por la lectura de alguna lección moral. Pero ha de ser breve para que no aburra. De ella se sirven los ancianos para hacer sus exhortaciones, que no son tristes ni insulsas. Se cuidan mucho de no soltar rollos que acaparen toda la comida, y escuchan con gusto a los jóvenes. Incluso los provocan adrede, a fin de contrastar en la libertad que da la mesa la índole y el talento de cada uno” (p. 71).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“El almuerzo es corto; la cena un poco más larga. Se debe a que después del almuerzo viene el trabajo, mientras que a la cena siguen el sueño y el reposo nocturno. Y los utopienses creen que el sueño es mejor que el trabajo para una buena digestión. No hay cena sin música; y en ella se sirve siempre un postre de dulces variados. Se queman unguentos y se esparcen perfumes. Nada se perdona para que reine la alegría entre los comensales. Hacen de grado suyo aquel principio de que «ningún placer está prohibido con tal que no engendre mal alguno». Así viven los utopienses en las ciudades” (p. 71).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

De sus jornadas o viajes con diversas otras materias hábilmente razonadas e ingeniosamente argumentadas

Para trasladarse a otra ciudad es obligatorio obtener un permiso. También es obligatorio no viajar solos, sino en grupo: "El viaje se organiza enviando a un grupo de turistas con un salvoconducto expedido por el príncipe. En este salvoconducto se autoriza el viaje y se fija la fecha de vuelta. Se les proporciona un coche y un criado público para que cuide y conduzca a los bueyes. En general, a no ser que haya mujeres en el grupo, los viajeros devuelven el coche, por considerarlo una carga. Durante el viaje, aunque no llevan bagaje alguno, no les falta de nada, ya que en cualquier parte están en casa. Si se detienen más de un día en un lugar, ejercen allí su propio oficio, siendo atendidos amistosamente por los de su mismo oficio. Si alguien por su cuenta viaja fuera de su propio territorio, sin el salvoconducto del príncipe, se le devuelve como fugitivo y se le castiga severamente. Si reincide, queda reducido a la condición de esclavo" (p. 72).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

También destaca la ausencia de lugares secretos, tabernas, cervecerías, burdeles... espacios que son concebidos como de fomento del vicio.

“Os podéis dar cuenta, por todo esto, de que no hay nunca permiso para estar ocioso. No hay tampoco pretexto alguno para la vagancia. No hay tabernas, ni cervecerías, ni lupanares, ni ocasiones de corrupción, casas de citas, ni conciliábulos. Todos, expuestos a las miradas de todos, se entregan al trabajo cotidiano o a un honesto esparcimiento. De las costumbres de un pueblo como éste se sigue necesariamente la abundancia de todos los bienes. Si a esto se añade que la riqueza está equitativamente distribuida, no es de extrañar que no haya ni un solo pobre ni mendigo” (p. 72).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

La distribución igualitaria de los bienes y la inexistencia del dinero y de la propiedad privada evitan la existencia de la pobreza y la mendicidad en *Utopía*. Los excedentes, una vez hecho los repartos entre las ciudades, se exportan, dando la séptima parte a los pobres de otros países y vendiendo el resto a un precio razonable y barato.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Exportan grano, miel, lana, maderas, pieles teñidas de púrpura, cera, sebo, cuero y animales. Siendo pocas las necesidades, lo que traen de otros países son: hierro, plata y oro, cosas de las que ahora están también abundantes. La riqueza acumulada les sirve para casos de riesgo extremo y para pagar a mercenarios para la defensa exterior, así como para préstamos sin intereses a otros países. La usura está prohibida.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Se desprecia la riqueza particular, convirtiendo el oro y la plata en materiales de uso doméstico, principalmente para orinales y como recipientes, siendo además los elementos con que hacen las los grilletes y las esposas que sirven para atar a los esclavos, otorgándole un diferente significado al término *cadena de oro*. En este caso, es literal, aunque en vez de suponer prestigio y consumo ostentoso para quien las posee constituye un desprestigio en *Utopía* para quien las porta: quienes llevan aros de oro o plata en la oreja, o anillos o collares de esos metales son delincuentes que los llevan como estigma, estimulando así a los utopienses el rechazo a la acumulación y ostentación de la plata y del oro.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Los utopienses no encierran sus tesoros en una fortaleza. El vulgo podría sospechar, como acostumbra maliciosamente, de que el gobierno y el senado se sirven de estratagemas para engañar al pueblo, y para enriquecerse. Tampoco se hace con el oro y la plata vasos ni otros objetos de valor. En la hipótesis de tener que fundirlos, para pagar a los soldados en caso de guerra, es claro que los que hubieran puesto su afecto en estas obras de arte, no se desprenderían de ellas sin gran dolor. Para obviar estos inconvenientes, los utopienses han arbitrado una solución en consonancia con sus instituciones, pero en total desacuerdo con las nuestras. Entre nosotros, en efecto, el oro se estima desmesuradamente y se le guarda con todo cuidado. Por eso, su solución resulta increíble para los que no la han comprobado...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Comen y beben en vajilla de barro o de cristal, realizada en formas elegantes, pero al fin y al cabo, de materia ínfima. Los vasos de noche y otros utensilios dedicados a usos viles, se hacen de oro y plata no sólo para los alojamientos públicos sino para las viviendas particulares. Con estos mismos metales se forjan las cadenas y los grilletes que sujetan a los esclavos...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Finalmente, todos los reos de crímenes llevan en sus orejas anillos de oro. Sus dedos van recubiertos de oro, su cuello va ceñido por un collar de oro. Y su cabeza cubierta con un casquete de oro. Todo concurre, pues, para que entre ellos el oro y la plata sean considerados como algo ignominioso. Así, mientras su pérdida en otros pueblos resulta tan dolorosa como si se tratara de las propias entrañas, entre los utopienses, caso de desaparecer todos estos metales, nadie creería haber perdido ni un céntimo” (pp. 72-73).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Educación: “Por su parte, casi todos los ciudadanos, hombres y mujeres, consagran al estudio durante toda su vida las horas que, como ya hemos dicho, les quedan libres. Aprenden las ciencias en su propia lengua, que es rica, armoniosa y fiel intérprete del pensamiento. Se habla, más o menos adulterada en una vasta extensión de aquella parte del globo. Anteriormente a nuestra llegada, ninguno de los filósofos, cuyos nombres son célebres en nuestro hemisferio, les era conocido...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Sin embargo, consiguieron más o menos los mismos descubrimientos que nuestros clásicos en música, dialéctica, aritmética y geometría. Con todo, a pesar de ser casi iguales en todo a los antiguos, están muy por debajo de los dialécticos modernos. Todavía no han inventado ninguna de esas reglas sutiles de restricción, amplificación y suposición con tanta sutileza elaboradas en la Pequeña Lógica, que aprenden nuestros hijos. Son del todo incapaces de captar las llamadas: «ideas o intenciones segundas». Lo mismo sucede en cuanto al llamado «Hombre en general o universal». Ese coloso, según la jerga de la escuela, que aquí se nos quiere hacer ver, y tocar, en *Utopía* nadie lo ha conseguido percibir todavía” (p.74)

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Los utopienses conocen de manera exacta el curso de los astros y los movimientos de los cuerpos celestes. Han creado ingenios de tipos diversos que les permiten fijar con exactitud la trayectoria y la posición respectiva del sol, de la luna y de los astros visibles por encima de su horizonte. En cuanto a las amistades y discordias de los astros errantes», en una palabra, todo eso que fomenta la patraña llamada «adivinación por los astros», ni siquiera en sueños se preocupan de ello. La observación de señales, contrastada con una larga experiencia, les permite predecir la lluvia, el viento y demás cambios de la naturaleza” (p. 76).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Filosofía y ética: “Estos son sus principios:

- Que el alma es inmortal.
- Que Dios, Por pura bondad, la hizo nacer para la felicidad.
- Que después de esta vida nuestras virtudes y nuestras buenas acciones serán recompensadas y premiadas.
- Que el crimen será castigado con suplicios” (p. 77 y ss.).

Lo que sigue es un elogio de los placeres espirituales (sabiduría, contacto con la naturaleza, el estudio, etcétera) y de los placeres corporales (la belleza, la salud). Rechazo al juego de dados y a la cacería.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

De los esclavos, las personas enfermas, el matrimonio y otras materias diversas

Los esclavos son personas que han cometido algún delito, o son aquellos extranjeros que en sus países han sido castigados a la pena de muerte, o son pobres que provienen de otras tierras. El trato es correcto: sólo tienen que trabajar más que el resto de los utopienses. La esclavitud, en todo caso, es redimible.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Son esclavos los ciudadanos de Utopía convictos de un gran crimen. Y más frecuentemente, los ciudadanos extranjeros convictos de crimen y condenados a muerte. Esta categoría de esclavos es muy frecuente. Los traen en gran número, a veces adquiridos a un precio vil, y más frecuentemente, por nada. Están sometidos a trabajos forzados y llevan cadenas. Tratan a sus conciudadanos con más rigor que a los extranjeros. Los consideran como casos tanto más lamentables y más dignos de castigo, cuanto que recibieron una educación moral más esmerada, no habiendo sido capaces de resistir al crimen...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Existe otra categoría de esclavos: la de los trabajadores pobres de países vecinos, que vienen a ofrecer voluntariamente sus servicios. Se les trata con toda humanidad; sólo que se les hace trabajar un poco más debido a su mayor hábito de trabajo. Por lo demás, tienen la misma consideración de ciudadanos. Si alguien quiere marchar (cosa que sucede raras veces) no se le retiene contra su voluntad, ni le despiden con las manos vacías” (pp. 86-87).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Se practica la eutanasia (muerte inducida) para los enfermos incurables que pasan mucho dolor y angustia. Se condena, sin embargo, el suicidio (muerte voluntaria), no enterrándose o cremándose el cuerpo:

“Los que se dejan convencer ponen fin a sus días, dejando de comer. O se les da un soporífero, muriendo sin darse cuenta de ello. Pero no eliminan a nadie contra su voluntad, ni por ello le privan de los cuidados que le venían dispensando. Este tipo de eutanasia se considera como una muerte honorable. Pero el que se quita la vida, por motivos no aprobados por los sacerdotes y el senado, no es juzgado digno de ser inhumado o incinerado. Se le arroja ignominiosamente a una ciénaga” (p. 88).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Matrimonio y relaciones sexuales:

Se basa en la racionalidad y el control: 1) la edad mínima para casarse es, para las mujeres, 18 años, y para los hombres, 22; 2) se establecen severos castigos a toda relación sexual antes del matrimonio; 3) hay posibilidad de divorcio, aunque muy remota; 4) el proceso de elección de pareja es racional, rígido, siendo obligatorio pasar por una *inspección prematrimonial mutua*.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“La mujer no se casa antes de los dieciocho años. El varón no antes de los veintidós. Tanto el hombre como la mujer convictos de haberse entregado antes del matrimonio a amores furtivos, son severamente amonestados y castigados. Y a ambos se les prohíbe formalmente el matrimonio, a menos que el príncipe les perdone la falta. Incurren en gran infamia el padre y la madre de familia en cuya casa se comete el delito, por haber descuidado su obligación de velar por sus hijos. Castigan tan severamente este desliz previendo lo que sucedería si se tolera impunemente un concubinato efímero y pasajero. Nadie estaría dispuesto a dejarse prender por los lazos del amor conyugal, en el que hay que compartir la vida entera con una sola persona, soportando además los inconvenientes que esto trae consigo” (pp. 88-89).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Por lo demás, los utopienses toman en serio la elección del cónyuge, si bien, a nosotros nos pareció su rito ridículo y absurdo. Una dama honorable y honesta muestra al pretendiente a su prometida completamente desnuda, sea virgen o viuda. A su vez, un varón probo, exhibe ante la novia al joven desnudo” (p. 89).



LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Quedamos sorprendidos ante esta costumbre, sin poder contener la risa. La rechazamos como ridícula y descabellada. Ellos, sin inmutarse, hicieron ver su admiración ante la colosal tontería de los demás países. Tomáis infinitas precauciones (nos respondieron) a la hora de comprar un potrillo, asunto en verdad de poca monta. Os negáis a comprarlo, aunque está casi en pelo, si antes no se le quita la silla y todos sus arreos, por miedo a que bajo todo esto haya alguna matadura. Y cuando se trata de elegir una mujer, elección que va a hacer las delicias o el asco para toda la vida, obráis con negligencia...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Dejáis el cuerpo cubierto con sus vestidos. Y juzgáis a la mujer entera por una parte de su persona, tan grande como la palma de la mano. En efecto, sólo su cara está descubierta y la lleváis con vosotros no sin riesgo de encontrar un defecto oculto hasta entonces, que os impide congeniar con ella. No todos, en efecto, son tan discretos que valoren únicamente las cualidades morales. En el mismo matrimonio de las personas discretas, la belleza física añade a las cualidades morales un encanto no despreciable. En realidad, detrás del ropaje exterior puede ocultarse una deformidad tan repugnante que aleje para siempre la inclinación del marido hacia su mujer, cuando ya no le es lícito separarse de ella en cuanto al cuerpo. Caso de que esta deformidad aparezca después de contraído el matrimonio que cada cual cargue con su suerte...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Las leyes deben impedir, que, antes del matrimonio, nadie caiga en estas trampas. Este problema fue estudiado cuidadosamente por los utopienses, ya que sólo ellos entre todas aquellas regiones se contentan con una sola mujer. Entre ellos, el vínculo conyugal apenas se rompe más que por la muerte, salvo en casos de adulterio o de costumbres absolutamente insoportables. En estos dos casos, el senado da permiso a la parte ofendida para volverse a casar. El otro es condenado a vivir en la infamia y en el celibato a perpetuidad. Por lo demás, no está permitido bajo ningún pretexto repudiar contra su voluntad a una mujer honesta, sólo porque se ha ajado su belleza. Es, a su juicio, una crueldad monstruosa abandonar a la esposa cuando más lo necesita” (pp. 89-90).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Justicia:

Pocas leyes.

No hay abogados.

El trato entre magistrados y pueblo llano es igualitario.

Hay castigos (el adulterio, por ejemplo), pero también premios (a la humildad, sobre todo).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Quedan excluidos todos los abogados en *Utopía*, esos picapleitos de profesión, que llevan con habilidad las causas e interpretan sutilmente las leyes. Piensan, en efecto, que cada uno debe llevar su causa al juez y que ha de exponerle lo que contaría a su abogado. De esta manera, habrá menos complicaciones y aparecerá la verdad más claramente, ya que el que la expone no ha aprendido de su abogado el arte de camuflarla. Mientras tanto, el juez sopesará competentemente el asunto y dará la razón al pueblo sencillo frente a las calumnias de los pendencieros. Tales prácticas serían difíciles' de observar en otros países, dado el cúmulo inverosímil de leyes tan complicadas. Por lo demás, todos allí son expertos en leyes, pues, como dije más arriba, las leyes son escasas, y además, cuanto más sencilla y llana es su interpretación, más justa se la considera.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Arte militar:

Los utopienses abominan la guerra y, sobre todo, los honores que en torno a ella se establecen. Hombres y mujeres se preparan para casos inevitables: defensa de fronteras y ayuda a los oprimidos. Este sistema miliciano se complementa con el uso de mercenarios (*zapoletas*) y de voluntariado para guerras exteriores (aunque no son de expansión) y responder ante posibles invasiones. Rehúyen, en todo caso, de la destrucción total del enemigo. Evitan el conflicto bélico en su propio territorio. La muerte (cementeros, mataderos, guerras) siempre ha de estar fuera de las ciudades.

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Abominan la guerra con todo corazón. La consideran bestial, aunque ninguna bestia recurre a ella con tanta frecuencia como el hombre. Contrariamente a lo que sucede en la mayor parte de las naciones, creen que nada hay menos glorioso que la gloria conquistada en la guerra. Ello no impide que, en días señalados, tanto hombres como mujeres, se ejerciten en el adiestramiento la guerra, con el fin de estar preparados para la lucha si fuere necesario. Pero no van a la guerra sin graves motivos, tales como: defender sus fronteras, expulsar de los territorios amigos a los invasores, liberar del yugo y esclavitud de un dictador a algún pueblo oprimido por la tiranía, En este último caso siempre lo hacen por razones humanitarias” (pp. 92-93).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Usan como estrategia la compra de personas del país enemigo para conseguir el enfrentamiento entre ellos. Las mujeres acompañan a sus maridos en las guerras. La cobardía se combate poniendo a los cobardes ante el conflicto sin poder huir.



LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Religi3n:

“Las religiones son diferentes tanto en la isla como en sus ciudades. En unos sitios adoran el sol, en otros a la luna, en otros a alguna de las estrellas errantes, como a un dios. Algunos grupos tienen como dios e incluso como el Dios supremo, a alguno de los antepasados, seÑalado por su poder o por sus virtudes. Pero la mayor parte de los utopienses y, por cierto, la m1s sana, no admite nada de esto. Creen en una especie de numen desconocido, eterno, inmenso e inexplicable, muy por encima de la comprensi3n humana y difuminado por todo lo creado, no tanto como una masa sino m1s bien como una fuerza. Lo llaman padre. Consideran que es el origen, fuerza, providencia y fin de todas las cosas. S3lo a 3l le tributan honores de Dios” (pp. 92-93).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Hay, por tanto, pluralismo religioso y tolerancia religiosa en la isla de Utopía. La conversión forzosa a una creencia les parece absurda, siendo castigado además el fanatismo religioso. Creen firmemente en la vida ultraterrena. Los pocos sacerdotes, hombres y mujeres, se dedican a la enseñanza y sirven de mediadores en los conflictos familiares y sociales. Muestran simpatía por el cristianismo que predica Hithlodeo, siempre que respete al resto de creencias. Consigue así bautizar a bastante utopienses, por cierto.

He aquí la historia de un converso, el más fanático de los religiosos, y su *sino*:

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Durante mi estancia en la isla, sin embargo, pude ver cómo era severamente castigado uno de los fieles de nuestro grupo. Este hombre recientemente bautizado, hablaba públicamente de Cristo con mayor pasión que prudencia, a pesar de nuestros consejos en contra. En su apasionada prédica llegó no sólo a anteponer nuestros misterios a los demás sino a condenarlos a todos. Vociferaba contra sus misterios, calificándolos de profanos. Y a sus seguidores los tachaba de impíos, sacrílegos, dignos del fuego eterno. Después de haber sermoneado durante largo tiempo fue prendido, acusado y sentenciado como reo no de desprecio de la religión, sino de promover tumulto en el pueblo. Una vez condenado fue castigado con el exilio” (p. 101).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Os he descrito con la mayor sinceridad el modo de ser de su República a la que considero no sólo la mejor, sino la única digna de llevar tal nombre. Porque en otros sitios los que hablan de la República lo que buscan es su interés personal. Pero en *Utopía*, como no hay intereses particulares, se toma como interés propio el patrimonio público; con lo cual el provecho es para todos. En otras repúblicas todo el mundo sabe que si uno no se preocupa de sí se moriría de hambre, aunque el Estado sea floreciente...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Eso le lleva a pensar y obrar de forma que se interese por sus cosas y descuide las cosas del Estado, es decir, de los otros ciudadanos. En *Utopía*, como todo es de todos, nunca faltará nada a nadie mientras todos estén preocupados de que los graneros del Estado estén llenos. Todo se distribuye con equidad, no hay pobres ni mendigos y aunque nadie posee nada todos sin embargo son ricos” (pp. 107-108).

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

Conclusión del relato:

“Al terminar de hablar Rafael, me vinieron a la mente no pocas reflexiones sobre cosas que me parecían absurdas en sus leyes e instituciones. Por ejemplo, su modo de entender la guerra, sus creencias y religión y otros muchos ritos. Pero, sobre todo, lo que está en la base de todo ello, es decir, su vida y gastos comunes sin intervención alguna del dinero. Con ello se destruye la raíz de la nobleza, la magnificencia y el lujo, y la grandeza, cosas que en el común sentir constituyen el decoro y el esplendor de un Estado. Me di cuenta, sin embargo, que estaba bastante cansado de tanto hablar...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“No sabía, por otra parte, si aguantarla que opinásemos en contra de sus teorías, máxime que a lo largo de su relato ya se había manifestado contra quienes piensan no ser suficientemente discretos si no critican las invenciones ajenas. Así pues, le cogí de la mano y tras alabar su exposición y las costumbres de los utopienses le introduje en la casa para cenar. Le dije que tendríamos tiempo de discurrir con más profundidad sobre estos temas y discutir más Profusamente. ¡Ojalá que algún día pueda realizarlo!...”

LIBRO II. LA ISLA DE UTOPIÍA

“Entretanto tengo que confesar que no puedo asentir a todo cuanto me expuso este docto varón, entendido en estas materias y buen conocedor de los hombres. También diré que existen en la república de los utopienses muchas cosas que quisiera ver impuestas en nuestras ciudades. Pero que no espero lo sean” (p. 110).

HUMORADA EN UTOPIA

UTOPIA.- En ningún lugar; pese a expresar su existencia.

AMAUROTA.- Oscuro; de oro.

ANHIDRO.- Sin agua; río caudaloso.

SIFOGRANTE.- Anciano chocho; sabio.

TRANIBORO.- Glotón; sincero.

ADEMOS.- Sin pueblo; gobernante.

HUMORADA DE TOMÁS MORO

CURIOSO EPITAFIO en la Old Church de Chelsea:

“Aquí yace Joanna, la querida esposa de Tomás Moro, que quiere que sea también la tumba de Alice y la mía. Una de ellas, unida conmigo en nuestros años de vigorosa juventud, me dio un niño y tres niñas que me llaman padre. La otra ha sido mujer tan dedicada como si los hijos fueran suyos, una cualidad muy rara en una madrastra. Una vivió su vida conmigo, y la otra vive todavía conmigo de tal guisa que no puedo decidir cuál de las dos me es más amada. ¡Qué felices hubiéramos vivido los tres si el destino y la religión lo hubieran permitido! Pero la tumba nos unirá y rezo para que el cielo también nos una. La muerte nos dará lo que la vida no pudo”.

PARA DISCUTIR SOBRE MORO Y SU UTOPIÍA

¿Carca medieval o moderno humanista? ¿Perseguidor o tolerante religioso?

¿Precursor del comunismo o primer crítico de su imposibilidad?

¿Machista o igualitario respecto a las mujeres?

¿Es Utopía una isla americana o británica?

¿La esclavitud es un castigo o una condición natural?